

ciencia, y para humillar enérgicamente tanto orgullo entró con sus visigodos por asalto en la ciudad en la noche del 24 de agosto de 410. Roma, que durante siglos había dictado leyes al mundo, esta vez sufrió solamente una mínima parte de los horrores que había hecho sufrir á otros, desde las nevadas montañas de Escocia hasta la arruinada Seleucia. Tres días duró el saqueo; mucha sangre se derramó y gran número de romanos fueron llevados por los godos como esclavos; pero no hubo matanza general, ni destrucción en grande escala. Esto excitó el asombro de todo el mundo y se comparaba con lo que se había visto hasta entonces desde que los godos, bajo el mando de su caudillo Fritigerno, habían derrotado al general Lupicino; y no menos sorprendió la protección resuelta y enérgica que el rey godo concedió á las iglesias. Hacia la noche del día 28 evacuaron los godos la ciudad. El esforzado Alarico había probado que era cristiano y que se había hecho político.

Esta nueva catástrofe hizo presentir hasta en los últimos confines del mundo romano el cercano derrumbamiento total del vetusto imperio, menos en la menguada corte de Rávena, á quien tantos horrores no fueron capaces de conmover.

Quiso, sin embargo, el destino poner una vez más á flote el miserable casco desmantelado de la orgullosa nave romana y prolongar por setenta años mas la agonía y la humillación del imperio de Occidente.

Alarico, viendo que nada sacaba de sus negociaciones con el obstinado emperador, se dirigió al Sur para saquear las fértiles comarcas meridionales, que si bien menos prósperas que en otros tiempos, no habían sido pasadas todavía á saco por nadie. Esta vez lo fueron por los godos, que llegaron hasta Reggio, donde Alarico quiso embarcarse con sus huestes para pasar á Sicilia y de allí al Africa, ora fuese para cortar el abastecimiento de Italia y ejercer así presión sobre la corte de Rávena, ora para establecerse con los suyos en aquella rica provincia y fundar un reino godo que formase parte del imperio sin confundirse con él. Los primeros buques se perdieron en una tempestad, y estaba Alarico ocupado en los trabajos de esta empresa cuando una muerte prematura en el mismo año 410 acabó con la vida de aquel joven héroe. Los suyos le sepultaron con grandes honores y por cierto poéticamente debajo del lecho del río Burentino (Busento, cerca de Cosenza, en Calabria). Por sucesor suyo eligieron á su cuñado el joven y agraciado Ataulfo, político discreto y enérgico, deseoso como Alarico de hacer de sus godos un pueblo civilizado bajo la soberanía suprema del imperio, pero conservándole su nacionalidad é independencia. Su conducta respecto de los romanos fué mucho mas atenta y humana que lo había sido la de Alarico. Este comportamiento del nuevo jefe godo fué efecto del amor que supo inspirarle la bella princesa Placidia, que contaba á la sazón veintitres años, y que influyó decididamente en la conducta política y en las empresas militares posteriores de Ataulfo. El godo deseaba unirse con ella en matrimonio, á lo cual ella se avenía también, y á esto obedeció probablemente, despues de varias negociaciones con Honorio, la marcha de Ataulfo con sus godos á la Galia en el año 412, despues de haber pasado el año anterior en gran parte en Etruria.

En el curso del año 408 había quedado dueño de toda la Galia el emperador faccioso Constantino, y sabiendo que la opinion le era muy favorable en España, quiso extender su dominio también sobre este país. Cuatro españoles, primos del emperador Honorio, defendieron la frontera terrestre española, ayudados de las fuerzas romanas y de las auxiliares levantadas al efecto entre los habitantes de los Pirineos;

pero finalmente Constante, hijo del usurpador Constantino, forzó el paso con un ejército escogido. Dueño de la península Constante, encargó su gobierno al general Geroncio y regresó al lado de su padre, que á la sazón se hallaba en Arles.

De esta expedición resultaron consecuencias funestísimas para la península ibérica, que desde el tiempo de Augusto solo una vez, en el de Galiano, había sufrido los efectos de una invasión germánica. Fuese que Constantino no supiese apelar á otro recurso para libertar á la Galia de las huestes germánicas, ó que Geroncio, que deseaba quedarse con la península para sí, llamase allí á los bárbaros, el hecho fué que los vándalos, los alanos y suevos, con excepción de una banda de alanos que se quedaron en el país de Tours, se precipitaron en el año 409 sobre los desfiladeros de los Pirineos, mal defendidos por las tropas de Geroncio, que eran las llamadas honorianas, levantadas anteriormente por los generales parientes de Honorio, y en 18 de setiembre ó 13 de octubre desembocó aquel diluvio en España, que durante setenta años fué teatro de espantosas luchas y desgracias. La primera parte de este calamitoso período de la invasión germánica fué por demás espantosa: matanzas, incendios, desolación, hambre y epidemias imperaron en una gran parte de la península, excepto allí donde pudieron sostenerse las armas romanas, que era principalmente en el Norte y Este de la península. En el año 411 empezó á aliviarse un poco aquella situación horrible, porque las tribus germánicas fueron estableciéndose sedentariamente en diferentes comarcas: los vándalos asdingos y los suevos en Galicia y en la costa occidental, los vándalos silingos, especialmente ligios, en la Bética, y los alanos en la Lusitania y cerca de Cartagena. La Galia estaba desembarazada definitivamente de aquellos bárbaros, pero quedaban los que la amenazaban por el lado del Norte y del Rhin, y lo peor fué que lo que habían dejado los bárbaros lo acabaron de destruir los jefes y gobernantes romanos con su ambición infame. Apenas hubo Constantino arrancado en el año 409 á Honorio, acorralado entonces por Alarico, el reconocimiento como emperador de la prefectura de Galia, cuando su general Geroncio se pronunció, en el año siguiente, proclamando emperador á su hijo Máximo, y arrojó de la península con el auxilio de germanos de España, que había tomado á sueldo, á Constante, hijo de Constantino, persiguiéndole hasta la ciudad de Vienne, en la Galia. Despues sitió esta plaza, que se rindió á principios del año 411, hizo matar á Constante y en seguida sitió á su padre Constantino en Arles. Entonces intervino súbita é impensadamente el emperador Honorio, enviando á la Galia contra los usurpadores á un general eminente é íntegro que había hecho su carrera á las órdenes de Teodosio y Estilicon, y que digno discípulo de ellos, se mostró severo y grave en el servicio, sociable y jovial fuera de él, sabiendo hacerse respetar y amar. Llamábase Constancio y era natural de Naiso, en Iliria. Delante de Arles atacó á Geroncio, que perdió la batalla, y abandonado de sus tropas, que se pasaron al vencedor, no tuvo mas remedio que suicidarse. En seguida el general de Honorio continuó el sitio de Arles y destruyó junto al Ródano un ejército franco conducido por Edobico al socorro de la plaza, en la cual se hallaba encerrado Constantino; pero cuando á los cuatro meses de sitio llegó la noticia de que se había levantado en Maguncia un nuevo pretendiente llamado Jovino, hijo de una noble familia de Galia, con el auxilio de los alanos acaudillados por Goar y de bandas borgoñonas, concedió el general Constancio al emperador faccioso Constantino y á sus tropas una capitulación honrosa. Honorio solo ratificó el convenio en la parte referente á la tropa; el usurpador su-

frío la pena capital por haber causado la muerte de los parientes españoles del emperador, y su cabeza fué enviada á Rávena y presentada á Honorio el 11 de setiembre de 411.

Entonces fué cuando se determinó hacer pasar á Ataulfo con sus godos á la Galia, á donde llegó como ya se dijo en la primavera del año siguiente; pero como el general Constancio era personalmente enemigo de Ataulfo y ambicionaba la mano de Placidia para ser cuñado del emperador y gobernar el imperio, fué reemplazado para evitar un conflicto por otro general excelente llamado Dardano, que á la sazón estaba peleando con el nuevo emperador faccioso, que con sus fuerzas se dirigía al Sur. Contra lo que era de esperar Ataulfo, al llegar á la Galia, aconsejado por Atalo y quizás movido por alguna torpeza de la corte de Rávena, se puso del lado del pretendiente Jovino; pero como este entre tanto se había entendido con Saro, el enemigo mortal de Ataulfo, que había abandonado el partido de Honorio, comprendió Ataulfo, solicitado por Dardano, que le convenia mas ponerse otra vez del lado de Honorio. Entonces se vengó de Saro cayendo sobre él por sorpresa, venciéndole y matándole despues de una lucha verdaderamente heróica. Desembarazado de su rival marchó en union de las fuerzas de Dardano contra Jovino y su hermano Sebastian, de los cuales el primero sucumbió en 413 en Valence y el segundo en Narbona, atacado por las tropas de Dardano.

Aquel mismo año se pronunció Heracliano, el matador de Estilicon, que en recompensa de aquel asesinato había sido nombrado gobernador general de Africa. Heracliano emprendió una expedición marítima contra Roma, pero fué rechazado y muerto despues en Cartago.

También fué saqueada la infortunada ciudad de Tréveris por los francos aquel mismo año, y los borgoñones, probablemente por convenio con Jovino, penetraron acaudillados por su rey Guntaro mas adentro de la Galia, siendo entonces y por mucho tiempo el único pueblo germánico cristianizado por misioneros católicos.

Entre tanto Ataulfo se había apoderado de una gran parte de la Galia meridional, en particular de la Aquitania hasta Burdeos; pero Honorio ni queria consentir en el matrimonio del jefe godo con Placidia ni tampoco hacer las concesiones que aquel pedia para restituir su prisionera. Para vengarse Ataulfo intentó apoderarse de Marsella; pero fué duramente rechazado por el general Bonifacio, uno de los últimos capitanes romanos de talento.

En enero del año 414 casáronse, contra la voluntad de Honorio, Ataulfo y Placidia en Narbona con toda solemnidad. Esta boda dió lugar á nuevas luchas, porque Constancio, furioso de verse burlado en sus esperanzas, instó á Honorio, indignado también hasta donde su carácter flexible lo permitia, para que le consintiera marchar contra Ataulfo. Este respondió al ataque proclamando otra vez emperador á su maniquí Atalo; pero Constancio operando desde Arles rechazó á los godos hacia los Pirineos y á principios del año 415 les obligó á penetrar en España, donde establecieron su capital en Barcelona. Allí les siguió Constancio y los bloqueó, aliándose con los germanos, establecidos ya en España. En estas circunstancias fué asesinado Ataulfo por un antiguo compañero de Saro llamado Evervulfo, en el mes de julio del año 415, y se puso al frente de los visigodos Sigerico, hermano de Saro, que ultrajó brutalmente á Placidia; pero fué asesinado á su vez á los siete días y los godos eligieron por rey á Walia, hermano de Ataulfo, que hizo la paz con Constancio y se sometió al emperador, obteniendo condiciones muy ventajosas en el año 416. Walia devolvió á Placidia, que regresó á la corte de Rávena, y Atalo, que había caído

en manos de las fuerzas imperiales, fué internado en las islas Eolias.

Walia fué encargado, segun la antigua práctica del imperio, de cuidar de que los bárbaros se destruyeran los unos á los otros y desembarazar la península de los demás invasores germánicos; y en efecto, en tres años destruyó á los alanos y vándalos silingos en Andalucía, rechazó á los demás vándalos asdingos, suevos y alanos al extremo Noroeste de la península y restableció en el resto del país la autoridad imperial. Entre tanto Constancio había visto colmados sus deseos: era ministro principal en la corte de Rávena y cuñado del emperador, que en 1.º de enero del año 417 le había casado con Placidia, á pesar de la resistencia de esta. Al año siguiente, 418, trasladó á los visigodos con su rey Walia á la Galia y los estableció en Aquitania, desde Tolosa hasta la costa del Atlántico y desde el Garona hasta los Pirineos, en calidad de pueblo confederado bajo la soberanía del emperador. La Aquitania fué de esta manera el primer reino germánico fijo en territorio romano y cuna del reino visigodo de España.

Los esfuerzos colosales, la prudencia y la energía de Constancio restauraron una vez mas el imperio de Occidente; la Galia, la Italia y la España, tan terriblemente azotadas por calamidades indescriptibles, volvieron á ser provincias del imperio, al cual se sometieron también en cierto modo las tribus de la Armórica, que en los tiempos calamitosos se habían levantado para defenderse á sí propias contra los invasores bárbaros, como hubieron de hacer también las ciudades de Inglaterra cuando Roma no pudo auxiliarlas. Pero el imperio restaurado no era mas que una nave desmantelada y no tardó en continuar la destrucción su obra fatal.

El mal mas irreparable fué la muerte de Constancio, que ocurrió en Rávena á principios del año 421, despues que Honorio le había nombrado el año antes co-emperador extendiendo el título de *augusto* á su esposa Placidia. Los pueblos germánicos, dentro y fuera del imperio, continuaban moviéndose; la defensa de la frontera rhiniana era poco menos que ilusoria, y fuera de algunas operaciones militares aisladas, encaminadas ora á proteger la infortunada Tréveris, ora á recuperarla de los bárbaros, estribaba únicamente en negociaciones, en astucias diplomáticas y en el prestigio secular del nombre romano. Conservábanse relaciones mas ó menos tirantes con las tribus francas, alamanas, y desde algun tiempo con las borgoñonas, que servían á los gobernantes romanos de recurso contra las otras. Otra desgracia para el imperio fué la muerte de Walia en el año 419. Dejó solo una hija, que fué despues esposa de un jefe suevo al cual dió un hijo, llamado Ricimero, que desempeñó un gran papel en la descomposición del imperio. Los visigodos eligieron por rey á un nieto de Alarico llamado Teodorico, que reinó sobre su pueblo desde el año 419 hasta el 451 en su capital Tolosa, el cual, siendo de genio turbulento, aprovechó la primera ocasión para emanciparse del gobierno imperial. Finalmente, la marcha de Walia con sus godos á la Aquitania envalentonó á las demás tribus germánicas que entonces ocupaban la península ibérica. Los vándalos asdingos empujaron en 419 á los suevos, á cuyo auxilio acudió el general romano Asterio, que obligó á los asdingos en 420 á abandonar la Galicia. Entonces se dirigieron al Mediodía y se fundieron en Andalucía con los vándalos silingos, que allí se habían sostenido. Quiso destruirlos á todos juntos en 422 el general romano conde Castino, antes general de la guardia imperial y que en los años 420 y 421 había servido en las campañas contra los francos; y marchando con grandes fuerzas, entre las cuales había también visigodos, contra los vándalos, fué derrotado y á duras penas pudo refugiarse en la plaza de Tarragona, dejando dueños de la España central y

meridional á los vándalos acaudillados por Gunterico y Genserico, ó Geiserico, el primero hijo legítimo de Godegiselo y el segundo hijo ilegítimo del mismo, pero hombre de gran genio y talento. Estos dos conquistaron en 425 á Sevilla y Cartagena, y empezaron á saquear las costas, guardadas por fuerzas romanas, tanto en España como en Africa, extendiendo poco á poco sus expediciones piráticas hasta las islas Baleares.

A principios del año 423 la hermana de Honorio Placidia tuvo que buscar asilo en la corte de Constantinopla por haber reñido completamente con Honorio, y llegó allí llevando consigo á su pequeño hijo Flavio Plácido Valentiniano, que habia nacido á principios del año 419 y estaba destinado á heredar el trono de su tío y de su padre Constancio. En 26 de agosto del mismo año murió Honorio de hidropesía, y entonces el notario de palacio Juan aprovechó la ausencia del heredero legítimo y de su madre para ceñirse la diadema imperial, siendo reconocido y acatado por muchas personas de alta posición en varias partes del imperio. Sin embargo, algunas otras, entre las cuales figuraban las autoridades superiores de Africa, y Teodorico, el rey de los godos establecidos en Aquitania, no quisieron reconocerle, y los godos al instante se derramaron por las provincias vecinas en són de conquista pasándolas á saco.

Tampoco reconoció al usurpador el emperador de Oriente Teodosio II, que si bien no tenia gran talento, dejóse aconsejar y guiar por personas que lo tenían. Esto, unido á la ocupación que encontraron en el Occidente grandes masas de germanos danubianos y occidentales, permitió consolidar y organizar sin grandes contratiempos ni interrupciones el imperio de Oriente. Teodosio reinó desde el año 408 hasta 450, bien que durante su menor edad corrió el gobierno á cargo de su tutor el eminente prefecto de Oriente Antemio, y desde el año 414 hasta su muerte á cargo de su no menos eminente hermana Pulqueria, auxiliada desde 421 por Atenaida, hija del profesor ateniense Leoncio, con la cual contrajo aquel año matrimonio y que cristianizada recibió en el bautismo el nombre de Eudoxia. En los años 421 y 422 sostuvo el imperio oriental una campaña feliz contra el rey de Persia Varanes V ó Baram-Ghur, que reinó desde 417 hasta 438, y cuando Juan usurpó el trono del Occidente, el gobierno de Constantinopla intervino con firmeza y energía como protector y heredero legítimo de aquel imperio; política que continuaron todos los emperadores bizantinos con buen resultado hasta Justiniano I.

Mientras el usurpador estaba aguardando fuerzas que habia enviado á contratar en la corte del rey de los hunos, penetró en Italia el ejército oriental al mando de los generales Aspar y Candidiano. El primero, en el verano del año 425, logró atravesar los pantanos de Rávena y apoderarse de la plaza, haciendo prisionero al usurpador, que fué muerto; y en el curso del mismo año el niño Valentiniano III fué revestido de la púrpura imperial con toda solemnidad en Roma. Teodosio II se indemnizó de su intervención añadiendo á sus dominios una gran parte de la Panonia, de la cual emigraron dos años despues muchos ostrogodos que se establecieron en la Tracia.

Siendo tan niño el nuevo emperador de Occidente gobernó en su lugar su madre Placidia, mujer enérgica y de talento como hija que era del gran Teodosio; pero parte por su culpa, y principalmente por la de los dos últimos grandes capitanes del imperio, ocurrió al poco tiempo una catástrofe terrible que aceleró la ruina del imperio de Occidente. La amistad particular de Placidia se fijó al principio de su gobierno en el conde Bonifacio, capitán general de Africa, hombre eminente que se le habia manifestado fiel y cons-

tante en tiempo del usurpador Juan. Pero los celos y la envidia política y el orgullo de otro gran capitán, el último héroe romano, es decir, de Aecio, causaron la ruina y muerte del primero.

Aecio habia nacido, en 395 ó 396, en Durostorum (Silistria), en la Mesia Baja; su padre era el general de caballería Gaudencio y su madre hija de una familia rica y distinguida de Italia. Los dos factores principales del carácter de Aecio eran la ambición de gobernar el imperio, sin ninguna codicia personal, y el mas elevado y altivo patriotismo romano; sin perjuicio de valerle para el éxito de sus planes de las intrigas mas viles, propias de la época, como de su gran valor y arrojo. De estatura mediana, robusto, ágil, jinete y tirador de arco consumado; consciente de sus grandes dotes de general y de diplomático; laborioso, activo é infatigable, perseguía con energía y sin consideración, salvo siempre el interés del imperio, el ideal de su ambición. Valiente desde niño, entró muy jóven en la guardia imperial, estuvo en rehenes en el campamento de los hunos, donde se hizo con muchos amigos, y cuando á la muerte de Honorio el notario Juan se apoderó de la dignidad imperial, nombró á Aecio jefe de la guardia y despues mayordomo de palacio. En estas circunstancias, sabiendo Juan que Teodosio II estaba reuniendo un ejército para dirigirle contra él, envió á Aecio al rey de los hunos para contratar un ejército auxiliar. Obtuvo Aecio, en efecto, 60,000 hombres; pero llegó tarde para salvar á su protector, aunque tuvo un encuentro con el general Aspar. Se sometió despues á la regente Placidia, que le dió un alto mando militar y medios para pagar á sus hunos y enviarlos á su país, como lo hizo licenciando á la mayor parte. Con el resto marchó á la Galia para rechazar á los visigodos, que á la sazón estaban sitiando á Arles, y á los cuales efectivamente derrotó y obligó á retirarse.

De regreso á Roma, cometió en el año 426 la acción mas negra de toda su vida y cuyas consecuencias fueron funestísimas é irremediables, todo por la ambición desenfrenada que tenia de ser el ministro dictador de Placidia, como lo habia sido Estilicon de Honorio. Para esto era menester enemistar á la regente con su amigo fidelísimo Bonifacio, y en efecto, con la cooperación del general en jefe Félix urdió contra él una intriga verdaderamente infame. Empezó por dar á entender á Bonifacio que la regente, ingrata y mudable, habia resuelto su muerte; y al mismo tiempo hizo creer á Placidia que el general Bonifacio meditaba alzarse con el Africa, aconsejándola que le llamase por via de prueba á Rávena con el pretexto de dar cuenta de su administración, en la seguridad de que Bonifacio, sintiéndose culpable, no obedecería. Hizolo así Placidia en el curso del año 427, y en efecto, el calumniado general se guardó muy bien de acudir porque Aecio le habia avisado secretamente del supuesto peligro que corría. Esto bastó para que la regente viera confirmada la culpabilidad de Bonifacio, al cual destituyó, haciendo instruir contra él la causa criminal de alta traición. Entonces se sublevó Bonifacio de veras y rechazó á las tropas imperiales enviadas contra él; pero cuando supo que la regente levantaba fuerzas godas á las órdenes del conde Segisvulfo para enviarlas al Africa, al mismo tiempo que las tribus mauritanas del interior amenazaban sus provincias, llamó á su auxilio á los vándalos de España prometiéndoles en pago una parte de Africa donde establecerse con toda independencia. No sospechaba Bonifacio que con esto daba el golpe mas terrible al vacilante edificio del imperio romano.

Hasta mayo del año 429 no pudieron acudir al Africa los vándalos y alanos, por haber tenido antes que defenderse contra los suevos. En esta guerra perdieron los vándalos á

su rey Gunterico, quedando único caudillo su hermano ilegítimo el famoso Genserico. De estatura pequeña, cojo y taciturno, gran capitán, decidido y rápido en sus acciones, pero brutal y falaz, competía como pocos germanos en astucia diplomática con la de los romanos. Este fué el peligrosísimo aliado de Bonifacio, que desembarcó conduciendo un pueblo de cincuenta mil á ochenta mil almas en la costa del Africa tingitana (Tánger). Ya entonces se habia descubierto la calumnia y restablecido la antigua amistad entre la regente y Bonifacio, el cual por su parte quiso deshacer lo hecho y entabló con el jefe vándalo negociaciones para hacerle volver con los suyos á España; pero era tarde, y de aquí se originó la guerra, en la cual Genserico se propuso conquistar el Africa. Los vándalos, que no estaban tan civilizados como los visigodos, aunque teniendo muchas buenas cualidades naturales, no eran mas feroces que la mayor parte de los otros germanos de aquel tiempo, se arrojaron con ímpetu irresistible sobre las poblaciones y propiedades de aquel riquísimo país. Pronto se vió tambien que Genserico y su pueblo, como otras tribus germánicas, eran fanáticos arrianos; lo cual impidió todo arreglo é inteligencia pacífica, y toda mediación de los representantes de la religión entre los invasores y la población del país, como sucedió despues en otros Estados germánicos fundados en territorio romano. Los donatistas favorecieron á los vándalos, los cuales en cambio dirigieron principalmente su persecución contra la población católica. Habia llegado la hora de que el arrianismo, representado por el elemento germánico, se vengara de la política de persecución religiosa que Graciano y la dinastía española habian erigido en sistema en el imperio.

Los esfuerzos desesperados de Bonifacio para defender el Africa romana fueron vanos; una terrible derrota que sufrió en mayo del año 430, le obligó á encerrarse en Hipona, donde los vándalos le tuvieron bloqueado catorce meses. Entre tanto asolaron una gran parte del Africa romana, y derrotaron además en el verano del año 431 al ejército romano reforzado con otro que Aspar habia llevado á su socorro por mar desde Constantinopla. Aspar regresó á la capital de Oriente, mientras Bonifacio pasó á Italia. La plaza de Hipona cayó, pero sobre sus ruinas logró Aspar en el año 434 establecer un convenio con Genserico, en el cual se concedió á este lo que le faltaba de la Mauritania, la Numidia oriental y una parte de la Bizacena. Este convenio fué una desgracia inmensa para el imperio, si bien el rey vándalo quedó obligado por él á pagar un tributo anual, probablemente de trigo; porque las provincias perdidas, además de ser el mas rico y mas próximo granero de Italia, habian sido hasta entonces, despues de la Italia meridional, las mas seguras, y donde la aristocracia romana tenia sus mejores y mas dilatados patrimonios. Hasta cinco años despues no se conoció toda la extensión de la desgracia y lo que significaba haber entregado á un hombre como Genserico y á un pueblo bárbaro como el vándalo aquellas provincias africanas. Muchas cosas grandes hizo Aecio, realizó hechos asombrosos, pero jamás tuvo el tiempo ni la ocasión de remediar el inmenso daño que habia causado al imperio con su infame intriga contra Bonifacio.

Aecio, en los años 428 y 431 hizo dos campañas felices contra los francos en el Bajo Rhin; en 430 obligó á los visigodos á retirarse á sus dominios, y en el mismo año y el siguiente arrojó á los yutungos de las provincias alpinas. Cuando en 429 el general Félix fué agraciado con el patriciado, Aecio ascendió al empleo de generalísimo de los ejércitos imperiales. Este ascenso excitó la envidia del general Félix, que trató de quitar á Aecio la vida; pero perdió en 430 la suya, con lo cual Aecio llegó á ser por entonces el hombre mas

poderoso é influyente en el imperio. Sin embargo, la emperatriz regente conservaba contra él un inextinguible rencor por su aleve intriga, descubierta entonces; y así cuando Bonifacio en 432 se presentó en la corte, hallándose á la sazón Aecio guerreando contra los francos, la emperatriz le concedió el cargo de generalísimo, que tres años antes habia dado á Aecio. Este al saberlo se puso á la cabeza de un cuerpo de bárbaros y se dirigió furioso á Italia para vengarse del ultraje. Bonifacio salió á su encuentro con un ejército de tropas de Africa y de la guardia imperial, y en la batalla que se dió fué herido mortalmente; pero su yerno Sebastian derrotó á Aecio con tropas mercenarias godas. Aecio huyó, refugiándose entre sus amigos los hunos en la frontera de Panonia á orillas del Danubio. Entonces el khan Ruhilas le facilitó una hueste de sus jinetes, con la cual Aecio en 433 derrotó al general Sebastian y obligó á la regente á restituírle su cargo de generalísimo y concederle además la dignidad de patricio.

Por fin habia llegado Aecio al colmo de su ardiente deseo, y la historia le hace la justicia de consignar que cumplió los deberes de su alto cargo de una noble manera en bien del imperio. Durante veinte años conservó como general y ministro, con la espada y la diplomacia, los restos del imperio á la regente Placidia, que le odiaba, y á su hijo Valentiniano III, que no le ayudó en nada porque no tenia ninguna de las grandes cualidades de sus antepasados. El trabajo titánico que tuvo á su cargo en Europa no le permitió ni pensar siquiera en una campaña contra los vándalos en Africa. Mas urgente era recuperar la Galia, donde por lo pronto se volvieron á levantar los armoricanos, los bagaudos se hicieron cada vez mas numerosos y mas terribles, y al mismo tiempo, en 433, los borgoñones se extendieron peligrosamente en dirección de la Bélgica. La fortuna le acompañó tambien en estas campañas; en 436 y 437 sometió á los armoricanos y á los bagaudos, y en 435 habia puesto á los borgoñones y á su rey Gundicaro en tan duro aprieto que los hunos, guiados por su khan Uptar, pudieron destrozarlos horrorosamente en los dos años siguientes. Entonces Aecio pudo trasladarlos sin dificultad ni temor alguno al territorio que es hoy la Saboya y parte del canton de Ginebra, bajo condiciones análogas á las que Constancio habia impuesto á los visigodos que trasladó de Cataluña á la Aquitania.

Estos últimos entretanto, en 436, rompieron la paz y se extendieron en dirección de Narbona. La guerra que les hizo esta vez Aecio se prolongó durante algunos años, y con excepcion de una derrota que sufrió el general Litorio en 439 al querer tomar á Tolosa por asalto, fué favorable para los romanos y acabó con una nueva paz honrosa para el imperio. En aquel tiempo estableció Aecio á los alanos que habian quedado en la Galia, en una comarca al Sur de la cuenca inferior del Loira.

Durante estos sucesos Genserico, faltando al convenio de paz hecho con Aspar en 434, se apoderó por sorpresa de la ciudad de Cartago en 23 de octubre de 439, y despues de saquear, incendiar y cometer los demás horrores acostumbrados, expulsó á los habitantes que habian quedado y se estableció con los suyos en la plaza. Una escuadra vándala pasó á Sicilia, conquistó á Marsala, amenazó á Palermo y á la Italia meridional, y obligó al gobierno imperial en 442 á convenir en un tratado de paz en el cual reconoció á Genserico como dueño del Africa, menos las provincias de Trípoli, Cirta y algunas plazas en Mauritania.

Luego veremos que la opinión pública entre los romanos atribuyó mas adelante al astuto Genserico el hecho de haber entrado en alianza secreta con el enemigo mas terrible que el decadente imperio habia tenido desde el tiempo de las